

Emocionante excursión al pasado

—(3)—

De aquella jornada. hablaremos hoy.

La hemos dejado, aparte, como quien, de último, enseña la sala de la casa, el cuadro de valor incalculable, hace oír el disco preferido, o niega el libro más amado de la biblioteca. Esta preferencia, proviene de que en "aquella jornada" se luchó por la libertad apenas a los quince años. Luchar por la libertad es la obligación que nos impuso Dios cuando desahució a nuestros primigenios padres del Edén. En la frase de "ganarás el pan con el sudor de tu frente", incluyó la libertad, porque no habría hambre para comer pan, si no se comía en libertad. Su Hijo, también luchó por ella y por luchar por ella, perdió la vida. Es, como se ve, la primera obligación del hombre.

La primera, la eterna, la insoslayable, la que lo acompañará siempre. Quitársela, es arrebatárle el derecho de reproducirse en su propia sombra.

Estos muchachos ahora envejecidos —eran 75 en total, de los dos segundos años— se aprestaron junto con los cuatrocientos y pico del resto del Liceo, a la gran batalla. A ninguno de los que fueron arrollados por la turbulenta "cabeza de agua" humana, se le ha podido olvidar. Ni los hechos formales, ni la esencia de los hechos. Posteriormente, la sociedad se trenzó en una corta guerra civil por el derecho de elección, por la pureza del sufragio, por la reconquista de nuestros valores esenciales políticos. Nuestra jornada no tuvo complicaciones, ni dialécticas, ni piruetas de legalidad. Se redujo a un término corto y hermoso, eternamente fulgente en el cielo de la patria: la libertad. Salimos a la calle a pelear y si más que pelear, corrimos cual gamos por las calles, nuestra estrategia de velocidad y cambio continuo de posición, equivalió a una técnica que después haría fortuna: hoy se le llama, "juego de pies". Es la táctica que usan gladiadores y ejércitos de operaciones, en los grandes combates del deporte y de la guerra. Fuimos, pues, unos "pioneros" en el campo de la estrategia, pero nos ha costado mucho que el mundo lo reconozca. Aprendimos a ganar, huyendo. Igual que la ardilla en el monte. Como Casius Clay y el mariscal Rommel.

La voz del conferencista argentino Julio R. Barcos, había soliviantado a las maestras. Carmen Lyra, Esthercita Silva, Andrea Venegas, Ana Rosa Chacón, Luisa González González, y muchas más cuyos nombres escapan a la memoria del gacettillero, venían secundando el movimiento en ciernes. La Penitenciaría comenzaba a llenarse de presos políticos. Hasta la patria llegaban dramáticas noticias de Guatemala, en la que un tirano, "el botijero", causaba horror con las "bartolinas", los fusilamientos, asesinatos, moneda corriente para el déspota.

Era junio del 19. El Obispo Piñol y Batres iniciaba la segunda serie de sermones en la iglesia de San Francisco, cuya repercusión llegó en el año 20 al movimiento armado que le puso fin al gobierno tiránico liberal. Fueron simultáneos nuestros vientos de fronda, con los que corrían por la gran patria del Itsmó.

Era la mañana del 11 de junio de 1919 cuando, a la hora del recreo, hablaron a los liceistas alumnos del 5º año. Creo que fue Paquito Ibarra, (hoy, el Lic. don Francisco Ibarra Mayorga, abogado nicaragüense de nota, exiliado en nuestra patria desde entonces y al parecer para siempre); le siguieron León Pacheco y Jorge Calzada, quien dio la or-



José Marín
Cañas

den de echarse a la calle. El que escribe, en ese momento parado en el piso de abajo, al lado de don Yayo Zamora, presencié la escena climática.

—¡Cállese, Calzada! le oí gritar. Pero Calzada no se calló. Muy al contrario, avanzó hasta la baranda del segundo piso, echó el cuerpo fuera, y ya con voz que pretendía ser estertórea, impuso la consigna:

—¡A la calle, liceistas!

Como las estampidas del oeste, un hatu humano, mitad hatu y mitad recua, se apretó en el callejón estrecho que hacía desembocar el patio central por la puerta del Liceo. "Porritas", el portero intentó cerrar el portón de salida. No tuvo tiempo. Forcejeaban para salir todos, y los más chicos, entre los que se encontraba, necesariamente, el gacettillero, estuvieron a punto de asfixiarse. Ya en la calle, negreó ésta de gente. No había orden ni plan prefijado. Alguien gritó: "Al Colegio de Señoritas", y el cetáceo que se movía obedeció, jubilosamente el mandato. Los gritos de las chiquillas.

—¡quién las conoce ahora, que ya son abuelas!— nos levantaron aún más el ánimo, y nos lanzamos al Morazán donde estaba comenzando la refriega. En el Klosko, de relamido estilo francés, desaparecido creo que en el año 21, dábase de trompadas con los "buitres" un hombre alto, delgado y bueno para los "mecos". Era el mayor de los Ulloa, (Arturo, se llamaba aquel valiente) fallecido hace años. La bomba Knox, exorgullo de la ciudadanía, bañaba con poderoso chorro a los maestros y a los alumnos. Salieron a relucir, con la presencia de los liceistas, (muchos de ellos, ya mamulones) la cincha, encantadora arma de los "buitres" con la que le ponían a cualquier hijo de vecino la espalda color de tomate, de los que ahora se venden por libra y vale cada uno más de un peso.

Dos días después, los tiros, la sangre, el humo del incendio, marcó el 13 de junio como el motín máximo de la ciudad. Los hombres salieron con las maestras y los estudiantes, y el confrontamiento se puso color de hormiga. Don Carlos María Jiménez se batía a pistola en las calles con la policía. Habían matado a un hombre en la esquina de la Plaza de la Fábrica. Muchos estudiantes enseñaban con orgullo el cinchazo en "salva sea la parte", que los tuvo dos semanas almorzando de medio lado.

Las noticias de la invasión por el Sapoá, eran desconsoladoras. La batalla del "Jobo" había sido adversa a las armas invasoras. El Coronel don Roberto Tinoco, hombre gentil como pocos, que se llevaba la gente de calle por su simpatía y su innegable don de gentes, retornaba del frente gobiernista, herido en una pierna. Don Alfredo Volio, el punto más cimerero de la invasión había muerto en Nicaragua. Lo sustituía

don Julio Acosta, orador espléndido, exactamente el que iba a necesitar la patria por su bonhomía para enjugar heridas y apaciguar rencores.

El 10 de agosto, una bala vengadora, cortó la vida del Ministro de la Guerra y el 12 embarcaba don Pelico rumbo a Europa. Abrumado del mal de patria, murió algunos años después sin volver a ella.

La libertad se reinstaló en el país, y el 8 de mayo del año 20 ascendía al poder Julio Acosta, el "pacificador", noble de porte, elegantes mostachos, espíritu romántico y de generosa mano y conmovida alma, palabra fácil y consternada. El país volvió a la paz y brilló la libertad tan pura como lo había sido desde el inicio de la Era Institucional.

Ese mismo día salía el gacettillero para estudiar en Europa. De donde regresó tres años después, sin estudios, más pobre que las ánimas benditas, a trabajar como un "negro".

Un mes antes, el 14 de abril de 1920, Estrada Cabrera, el tirano, entraba preso a la Academia Militar de Guatemala.

Existió correlación de fechas en ambos movimientos, pero no fueron iguales las tiranías. Tinoco fue un gobierno de fuerza. Estrada, un sátrapa repugnante.

Hemos de encontrarnos hoy en un mundo que no fue el nuestro. Alejados por la distancia y lo sordido de la lucha vital, los rostros se nos han arrugado igual que el alma. No en balde pasamos un largo y corto camino duro, en una patria pobre, casi sin sitios donde estudiar.

(Terminábamos el bachillerato con la Universidad de Santo Tomás cerrada y la Nacional, aún no abierta) Nos hicimos todos, lo que podíamos hacernos: abogados, farmacéuticos, contabilistas, empleados. Algunos pudieron viajar y se hicieron médicos. Entre ellos nos enorgullecen un mártir, y nos satisface el triunfo de los que alcanzaron posiciones cumbres en la profesión y en el Gobierno: Ministros, Embajadores, Delegados, etc. De nuestro mundo, no quedó nada. Hasta la Historia tiene ahora otra táctica; procede con sistemas diferentes. La física, la matemática, la Moral, las costumbres, los atuendos, todo ha cambiado más que nosotros mismos.

Solamente se salvó un detalle. ¡Es minúsculo! Debiéramos sentirnos gloriosos y magníficos, porque de la ciencia aprendida hace cincuenta años, permanece un minúsculo nombre, eterno, pétreo, incommovible, enfrentado al correr de los siglos, inmutable e impávido frente al descenso del tiempo y a la proximidad de la muerte. En el año 1922, aprendimos que las moscas eran "dípteros". En el año, 1972, en medio del fragor del siglo; del ruido de los motores de chorro; de los lanzamientos de cohetes, de las guerras mundiales y de las bombas de Nagasaki e Hiroshima, las moscas siguen siendo, "dípteros". Igual que hace 50 años. Igual que cuando teníamos 18 años y Uds. ufanos, se metieron debajo del brazo el ostentoso título, cuyo medio siglo nos hace temblar ahora el corazón y asoma a los párpados, suave y silenciosamente, un amago de llanto.